

Amor infernal

Laura Catalina
Benítez Penagos

Hace mucho tiempo, cuando los dioses griegos mandaban sobre la tierra, existió una mujer de gran belleza, engendrada por Hécuba, reina de Troya. A diferencia de su hermanastro Héctor, ella era hija de Hades, dios del inframundo. Laures, cuyo nombre significa “guerrera de la muerte”, aprendió desde que era una niña la elegancia y delicadeza que poseen las princesas; así fue criada hasta sus quince años: refinada y con altos modales. Lo que nadie sabía era que por su sangre corrían los genes del dios más temido, aquel que con el casco lo volvía invisible derrotó a los titanes en la Titanomaquia.

Un día, cuando Laures estaba disfrutando de la playa, apareció Perséfone, la reina del inframundo. Al verla sentada a su lado la bella muchacha gritó de horror.

—Shhhh—susurró Perséfone para que nadie del palacio la descubriera—.

Con más calma Laures escuchó a la reina infernal, quien le contó la historia entre su madre y Hades: Hécuba asistió a una reunión celebrada en Olimpia, donde Hades se presentó en su forma mortal. Entonces, al ver a esta joven el dios quedó perdidamente enamorado; con su gruesa voz y los detalles que representaban cuánto la quería, logró conquistarla.

Hécuba no pudo evitar enamorarse de Hades, aunque ella sabía que Perséfone era la esposa del rey del inframundo, lo que no fue impedimento para que una noche ella se entregara al mayor de los her-

manos olímpicos. Dicha unión trajo a la pareja una bella niña de tez blanca como porcelana y ojos color avellana que inspiraban dulzura e inocencia.

A causa de la infidelidad de Hades, Perséfone estalló de ira y se desató en llanto. Subió al reino mortal en forma de colibrí y encontró en una pequeña casa a Hades, Hécuba y Laures. Perséfone entró y pronunció con voz fuerte: “Quiero que tú, Hécuba, dejes de ver a mi esposo”, dicho esto desapareció sin dejar ningún rastro. Tal y como ordenó la reina del inframundo, Hécuba no volvió a ver a Hades y tiempo después se casó con Príamo, el rey de Troya; también cuidó a su hijastro Héctor, domador de caballos.

Hades fue perdonado por su esposa y no volvió al reino mortal ni a ver a su hija.

Terminada la historia, Perséfone miró a Laures y le dijo que Las Moiras, quienes conocían los detalles de su historia, le advirtieron de la guerra que se desataría en Troya. Pero la ciudad contaba con la fortuna de una chica de aspecto hermoso y de carácter fuerte. Laures, hija de Hades, incrédula por la predicción puso a prueba a Perséfone y le pidió que trajera ante ella a su padre.

En un abrir y cerrar de ojos el rey del inframundo se encontraba junto a ella y con un tierno beso en su mejilla le confirmó que ella era su verdadera hija. Laures prometió ante la realeza

infernol aprender el oficio de un guerrero y alistarse en las filas del ejército troyano para proteger a su pueblo.

Desde ese momento, Laures practicó todos los días con su hermanastro Héctor, aprendió a empuñar la espada, fue más ágil en sus movimientos y dominó el escudo con gallardía. Tras cinco meses de duro entrenamiento pudo unirse al ejercicio de Troya, pero su padre adoptivo, el rey Príamo, se negó rotundamente porque Laures era una mujer.

Ofendida por la respuesta del rey, la joven ideó un plan. Una noche sonó la campana que alertaba sobre invasiones, ella se levantó y vio los barcos aqueos con miles de soldados llenos de furia. Laures corrió al cuarto y advirtió a Príamo lo que estaba sucediendo. Él, temeroso por la seguridad de su pueblo, llamó a su hijo mayor para convocar las tropas, entonces Laures de manera sigilosa se alistó con los guerreros para la batalla.

Al llegar a la costa se encontraron un gran ejército con el que pelearon hasta el amanecer. Derrotados, los troyanos se retiraron y los aqueos festejaron la victoria. Luego, Laures y Héctor dirigieron las tropas hasta la playa. El plan de la joven finalmente funcionó, pues los aqueos sintieron miedo de ella, ningún hombre había visto combatir a nadie con la fuerza y astucia de aquella mujer.

En el momento en que todos estaban descansando, la verdadera

tragedia ocurrió, y ni los dioses olímpicos sabían lo que aguardaba la noche. Horas antes de que la luna apareciera, Aquiles, el guerrero aqueo más fuerte, entró sin ser visto en la ciudad amurallada y se escondió entre las sombras. Sigilosamente entró en el cuarto de Héctor, lo apuñaló hasta la muerte y fue en busca de Lares.

Cuando Aquiles entró al cuarto vio lo angelical que pueden llegar a ser las mujeres; incluso la fortaleza que la joven demostró en el campo de batalla no pudo opacar su delicadeza. A pesar de que su propósito era acabar con la vida de la chica, como lo hizo con Héctor, no tuvo el valor para atravesar la espada en su cuerpo.

Aquiles escapó de Troya y llegó a su estera, sin embargo, la imagen de aquella mujer le impidió descansar.

Al amanecer, un grito de terror proveniente del cuarto de Héctor despertó a todo el castillo. Su esposa cubierta de sangre y lágrimas anunció la muerte del guerrero. Lares lloró la pérdida de su hermanastro; la tristeza y sobre todo la ira la cegaron, fue así que decidió vengarse por honor.

Mientras Troya velaba a Héctor, en la playa los aqueos idearon un plan para ingresar a la ciudad. Un caballo de madera sería la excusa para entrar. Desde el interior de la estructura Aquiles pensaba en la forma de salvar a la mujer que robó su corazón.

En la noche los soldados aqueos salieron y destruyeron todo. La ciudad ardía en llamas y Príamo ordenó a Hécuba y a Lares salir por el túnel se-

creto del castillo, el cual las llevaría a un bote rumbo a Creta. Pero Lares y su sed de triunfo no permitieron que dejara Troya; mirando a su madre, se despidió.

Dejando atrás a su familia, enfrentó a todo aqueo que se cruzó en su camino y al llegar al jardín principal se encontró frente a frente con Aquiles. Él no pudo evitar besarla, pero ella lo esquivó e intentó herirlo; este con un empujón lanzó a la guerrera contra los muros. Al darse la vuelta se encontró a uno de sus compañeros apuntándole con una flecha a la troyana. Ayudarla fue en vano, pues Lares yacía muerta con dos flechas: una en el hombro y otra en el pecho.

Aquiles, de rodillas sobre el charco de sangre, se ahogó en la tristeza de pensar que ella nunca sabría el amor que él sentía.

Mientras tanto, en el inframundo, hasta el mismo Cerbero sintió el dolor de su amo. Entonces, Hades abrió la tierra y tomó en brazos a su dulce niña. En las profundidades del inframundo, Perséfone convirtió a Lares en una diosa: la guerrera de la muerte.

Cuentan que Aquiles vagó por el mundo intentando llenar el vacío de Lares y, aunque ella revivió convertida en diosa, él nunca se enteró. Pero Lares cuidaría de él y lo esperaría en el inframundo para estar juntos por siempre.○